

gión y las costumbres de los griegos eran la manifestación del materialismo y del vicio, ¿puede concebirse que la poesía erótica fuese *idealista* ó *espiritualista*, como el Sr. Ramírez la califica, usando de esos dos adjetivos? A la verdad tal hecho sería un fenómeno extraordinario, un fenómeno digno de mencionarse como excepción nunca oída en la historia del espíritu humano, donde siempre se ha observado que la literatura es el fiel retrato de la sociedad.

Nuestra curiosidad se excita, pues, grandemente al oír una proposición como la del Sr. Ramírez, y no podemos menos sino tratar de desengañarnos examinando la literatura griega, como vamos á hacerlo en lo necesario al objeto propuesto.

## II

*Poesías citadas por el Sr. Ramírez, lo que prueban.—Un anónimo.—Dioscórides.—Museo.—Rufino.—Asclepiades.—Diófanes.—Lucrecio.—Mosco.—Filidemo.—Poetas que deben figurar en la presente cuestión.*

Desde luego llama la atención en el discurso del Sr. Ramírez la clase de poetas griegos de que generalmente se vale para fundar su sistema; poetas algunos poco conocidos, de ninguna importancia, otros de quienes no hay más que fragmentos, y algunos anónimos. Lo peor de todo es que aun esos escritores prueban lo contrario de lo que se pretende. Procuraré demostrar todo esto.

Comienza el Sr. Ramírez por copiar los siguientes versos de un anónimo, olvidando aquella regla de lógica que dice: «Los anónimos merecen poca confianza.»

«¡Ay! desde la frente al pie  
Desnuda he visto á mi bella.  
¡Cuántas flores!—¿Quién es ella?  
—Eso sí no te diré.»

La imagen de una mujer desnuda, que representa la cuarteta anterior, no me parece la mejor prueba de *espiritualismo*.

Sigue el Sr. Ramírez con los siguientes versos de Dioscórides, que sólo respiran materialismo, lujuria poco disimulada.

Dulces labios, rojas flores  
Qué formáis arco triunfal  
A la boca celestial,  
Nido de risas y amores;

¡Cuánto mi ósculo embriagáis!  
 Vosotras, luces hermosas,  
 Con vuestras cejas graciosas  
 También mi alma aprisionáis.  
 Y cuando esas formas miro,  
*Dos pomas* en la figura,  
 Que vencen con su blancura,  
 A la leche, yo deliro,  
 Pero loco amante, ¿qué haces?  
 Con lo que vas revelando  
 Una presa estás mostrando  
 A tantos buitres voraces.

¿Y qué tendrá que ver el buen Dioscórides entre los poetas eróticos de la Grecia? Dioscórides, por la época en que vivió, (siglo I) pertenece á los autores de la decadencia; en cuanto á su profesión y á los argumentos de sus obras, sabemos que era médico y que dejó una obra intitulada. «*Materia médica.*» Dioscórides sirve para estudiar la botánica de los antiguos; pero no debe citársele en un tratado de poesía erótica.

Con más fundamento se recuerdan los amores de Leandro y Hero; y sin embargo, esos amores nada tuvieron de *espirituales*, como nos lo manifiesta Museo desde el principio del poema en que canta á esos dos amantes. He aquí la introducción de Museo, en la cual resume la idea de su composición.

«*Muse chante ce flambeau confident d'un amour clandestin, et ce nageur nocturne qui fendait les flots de la mer pour voler á l'himénée, et ce tenebreux hymen que ne bit pas l'immortelle Aurore, et Lesbus et Abidos ou se conzomma l'union secrète d'Héro et de Leandre. J'entends á la fois et nager Leandre et petiller le flambeau, ce flambeau annonçant l'heure de Venus.*»

Ya pueden figurarse nuestros lectores lo que significa *la hora de Venus*, supuesto que hemos dado noticia de esta señora.

Rufino es otro autor que cita el Sr. Ramírez, en mi concepto tan fuera de propósito como los anteriores, y transcribiendo versos suyos, que sobre expresar apetitos carnales, no son del mejor gusto literario

«De hinojos en la presencia  
 De mi amada, dije así:  
 Salva á tu amante, ó aquí  
 Pondrá en tus piés su existencia.  
 La vida en tus brazos halle.  
 Llora ella; enjúgase luego;  
 Y con su mano de fuego  
 Me lleva y planta en la calle.»

No puede darse frase más vulgar que «plantar en la calle,» muy ajena ciertamente de una composición *idealista*, esto es, que se eleva sobre las cosas comunes de la vida real.

«*Verte en el baño me agrada,*  
 Pidamos á la agua pura  
 Yo, *vigor*, y tú hermosura  
 Oh Prodicea adorada.  
 Y de flores coronada,  
 Vierte en la ancha copa, vierte  
 El vino espumoso y fuerte.  
 ¡Gocemos! corta es la vida,  
 La vejez viene ¡oh querida!  
 Amamantando á la muerte.»

¿Se encontrará amor espiritual en el poeta que desea ver *desnuda* á su amada, y que pide para ella *hermosura*, y para sí *vigor*? Nada digo del prosaico y cacofónico gerundio *amamantando*.

Por el mismo estilo (y aun peores, moral como literariamente hablando,) son los siguientes versos de Rufino que va poniendo el Sr. Ramírez, quien no puede menos sino hacer una confesión notable, á saber, que están llenos de *tan-ta malicia*.

«Bien te lo dije un tiempo; ¡Prodicea!  
 Llegará la vejez, tarde ó temprano,  
 Pero ella llegará; y amor en vano  
 Enciende entonces su mezquina tea.  
 ¿Quién ha arrancado, poderosa Dea,  
 El cetro de oro de tu blanca mano?  
 ¡Cómo el cabello enrarecido y cano  
 La arruga de tu rostro más afea!

El arco de marfil, antes luciente,  
En tu apagada boca se derrumba,  
Donde se agita como espectro un diente,  
El enjambre de amores solo zumba  
Para huír; y ante tí pasa la gente  
Como pasa delante de una tumba.»

«Tus labios, niña, aproximas  
A mis labios y me quemo.  
Que el alma me espire temo  
Cuando la boca me oprimas.

«¡Qué me importa que los sabios  
Proclamen que son perversos  
Cloris, mis amantes versos,  
Si me les pagan tus labios!»

«Sus piés, de plata formados;  
Su blanco seno, de nieve;  
Sus bultos como ondas mueve  
Con las del agua mezclados.  
Y, cuando fuera se lanza  
¡Ay! ¡qué encanto soberano  
Oculta su breve mano!  
No todo; hasta donde alcanza.»

Estos últimos versos están muy benignamente calificados con sólo decir que tienen *malicia*; es necesario manifestar acerca de ellos que podían lucir en ciertos establecimientos.

Figura también en el discurso que voy refutando, Asclepiades, poeta griego muy antiguo, pero poco conocido, de quien traduce el Sr. Ramírez una cuarteta, que abandono á la calificación del discreto lector, lo mismo que el siguiente dístico de Diófanes:

«Cuanto os plazca, reid de mis amores;  
Negra es, amigos, y la adoro ciego;  
No es más blanco el carbón y junto al fuego  
De su seno la llama brota en flores.

«Ladrón es amor, no hay duda;  
Acecha, asalta y desnuda.»

Pero lo que más sorprende, es ver el nombre de *Lucrecio* entre los poetas eróticos de la Grecia. Lucrecio no era griego sino latino; Lucrecio no es poeta erótico sino didáctico; Lucrecio no fué espiritualista sino epicureista, materialista en toda la extensión de la palabra. Es cierto que en el libro 4º del poema de Lucrecio hay una pintura enérgica del amor; pero es la energía de Venus á quien el poeta dirige una invocación que es muy conocida entre los literatos.

De Mosco pone el Sr. Ramírez los siguientes versos, que en nuestro lenguaje vulgar tienen un calificativo que no puedo fiar á la pluma.

«Romperé tus flechas de oro  
Júpiter dice, traidor.  
Y le contesta el amor:  
A que otra vez te hago toro.»

También Filodemo sale á la escena en el discurso que me ocupa, Filodemo de quien los críticos y biógrafos dicen que se conservan algunos epigramas *licenciosos*.<sup>1</sup> He aquí una muestra presentada por el Sr. Ramírez:

Desde tus ojos, ¡oh Carita hermosa!  
Nos dicen los amores provocantes:  
«No penséis en la edad, ¡venid amantes!  
Carita es vieja, ¡como joven rosa!  
Hasta hoy de tus inviernos ninguno osa  
Mezclar sus hilos blancos y brillantes  
A las hebras profusas, ondulantes  
De la guirnalda que en tu frente posa.  
Las *pomas* con que juegan los amores  
Conservan su fragancia y su frescura  
Asomando del traje entre las flores.  
¿Quién no admira, no goza la hermosura  
De Venus, cuando otorga sus favores?  
¿Ni quién sus años indagar procura?

<sup>1</sup> Véase, entre otros, Dic. de Hist. (México 1853.)

Sin embargo, no puede negarse que el Sr. Ramírez suele citar á Homero, á Eurípides, y á otros poetas que merecen mencionarse, porque son los príncipes de la literatura griega, sus verdaderos representantes, los que nos deben servir de ejemplo en la presente cuestión, por cuyos motivos voy á consultarlos para decidir juiciosa y definitivamente si la literatura erótica de los griegos es espiritualista, como cree el Sr. Ramírez, ó materialista como yo opino.

### III

*Homero.—Anacreonte.—Safo.—Teócrito.—Esquilo.—Sófocles.—Eurípides.—Aristófanes.—Caracteres que distinguen á los imitadores de los griegos.*

Tratándose de clásicos griegos fuerza es que el primer nombre que salga de mi pluma sea el de Homero. Los personajes eróticos que más llaman la atención en sus poemas son Páris y Elena, Aquiles y su esclava, Héctor y Andrómaca, Ulises y Penélope.

El amor de Páris y Elena es el amor adúltero y enteramente físico. Páris no tenía otro atractivo más que su hermosura, y le faltaba aun el valor, esa virtud semi-bárbara admirada de los griegos. Páris es tan célebre por su belleza como por su cobardía: él fué quien huyó delante de Menelao, y quien asesinó traidoramente á Aquiles. Sin embargo, Elena abandona por Páris su patria, sus amigos de infancia, su padre, su esposo, y aun su tierna hija: ella misma lo confiesa con las siguientes palabras:

... «Ojalá que la muerte  
 Más dolorosa preferido hubiera  
 A mi loca pasión, cuando en la nave  
 Con Páris vine á Troya, abandonando  
 El tálamo nupcial y mi familia,  
 Y mi niña de pecho, y numerosos  
 Dulces amigos de mi edad primera.»<sup>1</sup>

En otra ocasión exclama Elena: «Soy una infame, la autora de mil males, una mujer detestable.»<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Trad. de Hermosilla, que generalmente sigo.

<sup>2</sup> Od. l. 1.